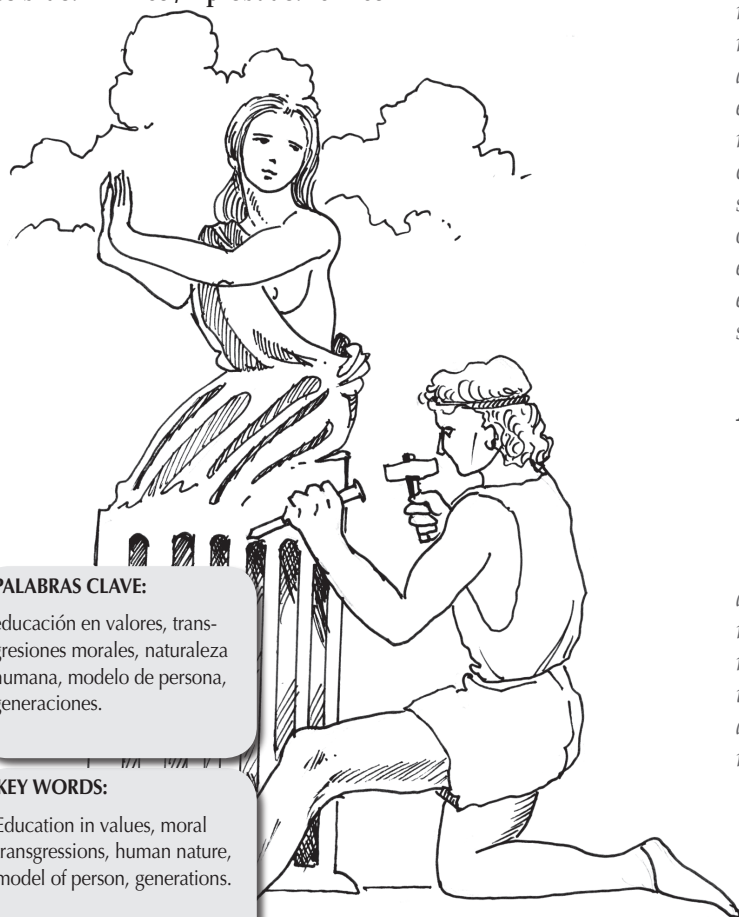


De valores, pecados y otros mitos

Manuel Murillo Tsijli
 Instituto Tecnológico de Costa Rica,
 Universidad Estatal a Distancia de C.R.
 mmurillo@itcr.ac.cr

Recibido: 24-IV-08 / Aprobado: 20-V-08



PALABRAS CLAVE:

educación en valores, transgresiones morales, naturaleza humana, modelo de persona, generaciones.

KEY WORDS:

Education in values, moral transgressions, human nature, model of person, generations.

Resumen

En los albores de este nuevo milenio se plantea, con más fuerza cada día, la necesidad de reforzar la enseñanza de los valores, con especial atención en los espirituales, que nos ayudarán a tomar las decisiones correctas en los momentos y lugares correctos, nos guiarán para realizar las acciones importantes antes que las urgentes. Para abordar el tema de los valores, se confrontan otros que por sí mismos son importantes. Este es el caso de los pecados, vistos como trasgresiones a normas sociales impuestas; además, se valoran desde distintas culturas y con referencias a otras épocas. A lo largo de las siguientes líneas, el lector encontrará algunas reflexiones sobre el papel del hombre en la búsqueda de la felicidad y la esperanza de que es posible encontrarla.

Abstract

Of values, sins and other myth.

Manuel Murillo Tsijli

This essay reasserts the hope based on values as a mechanism that can guide toward changes, solutions, happiness, freedom and to all those aspects that can help the human being become a much better person. The Education is highlighted in order to provide a critical and analytical attitude to help the person perceive what aspects are significant in life.

“El alma tiene ilusiones, como el pájaro alas; eso es lo que la sostiene”
 Víctor Hugo

En todo proceso consciente de cambio en la búsqueda de la felicidad es importante el resultado final, pero lo es más el proceso en sí mismo, pues, al hurgar en nuestro yo interior y arar, con los mismos arados de fuego de Debravo, las eras del amor y del entusiasmo, hasta cauterizar nuestras llagas del egoísmo, podremos sembrar los valores, abonados por la esperanza, y así cosechar nuestro destino, robusto y ancho, con las raíces tan fuertes como las de un roble o un guanacaste. Lo realmente importante, en este proceso de creación, es precisamente romper la tierra para que se sujeten las raíces y, luego, romper el espacio para que la planta crezca; depende de nosotros y de la percepción que tengamos de la vida y de nuestros valores el permitir que esta planta logre desarrollarse a plenitud.

Por supuesto que este destino no está escrito en piedra y es cambiante como la vida misma. Cuando pensamos que ya ha terminado el proceso, surgen nuevos sueños y, de estos, otros más pequeños, pero igual de importantes en el todo. Esta es la naturaleza del hombre: el cambio constante y su transmutación. Si somos hechos del polvo de la tierra, de maíz o de barro, no importa: hemos nacido. Si nosotros, los hombres, creamos a dios, o Dios nos creó, no importa: lo que sí importa es que hemos nacido.

La Filosofía, que busca la sabiduría en sí misma, tiene como objeto el conocimiento de las causas últimas, universales y totalizadoras de la realidad; creo que la filosofía busca como fin último la felicidad del hombre. Por supuesto, debemos preguntarnos, en primer lugar, qué es el hombre, y para esto dejaré de lado las definiciones profundas que podríamos encontrar en los textos o grandes enciclope-

dias; más bien, recordaré el primer verso del bello poema "*Hombre*", de nuestro poeta turrialbeño Jorge Debravo (2006:29): "*Soy hombre, he nacido, tengo piel y esperanza*" en que se sintetiza, con gran economía, la naturaleza del ser humano como un ser que ha nacido, que tiene forma, carne y huesos. Pero, más allá de esto, esta forma se amalgama con su propia esencia que lo diferencia de los animales y otros seres vivos, tiene aspiraciones y sueños, valores y normas morales, y, por supuesto, tiene la conciencia de que es posible alcanzar la felicidad y lucha por ella de muy distintas maneras, pero, sobre todo, tiene la esperanza de alcanzarla y acariciarla.

Zeus ordenó a Hefesto, dios de la metalurgia, crear del barro a la mujer, a la que Epimeteo tomó por esposa, y fue él quien amó por vez primera a una mujer, en una clara analogía con la historia que nos narra el *Génesis* sobre Adán y Eva, en la que Adán es creado del polvo de la tierra, y Dios sopla en su nariz el aliento de vida. Pues bien, a Pandora le encomendaron los dioses griegos el cuidado de un ánfora o vasija que no debía abrir; en algún momento no se resistió y, al abrirla, afloraron de ella todos los males y enfermedades. Al percatarse de lo que había hecho, rápidamente la cerró y solamente logró aprisionar a la esperanza; luego corrió hacia los hombres a decirles que no todo estaba perdido, que aún les quedaba la esperanza, fundamento y complemento del amor y de la perfección. En el renacimiento se le cambió el nombre de *ánfora* a "caja de Pandora" con el que se conoce hoy.

Decía la Madre Teresa de Calcuta: "*Todo lo que yo hago es una gota en el océano, así de pequeño es lo que podemos hacer; sin embargo, si yo no lo hiciera,*

al océano le faltaría una gota". Ella nace en Albania no por casualidad, sino más bien por la causalidad; es decir, no es casual que naciera en uno de los países más pobres de Europa e hiciera su larga vida de misionera en la India. Estaba escrito que ella nos mostraría el verdadero amor, ese amor que nace de la pobreza y la abundancia, y se multiplica como la espuma del mar. Nos mostraría que la esperanza es vital para acometer cualquier acción que nos conduzca a alcanzar la felicidad. Algunas revelaciones recientes de su diario personal y declaraciones de sus confesores sugieren que ella había perdido parte de su fe, pero nunca perdió la esperanza de recobrarla.

Pues bien, tengo la esperanza en que podamos crear una generación nueva y es una de las principales razones que motivan estas líneas; de ahí la historia de Pandora, que etimológicamente significa "*la portadora de todos los dones*", pero, además, deberíamos crear o inventar una caja más moderna y que de ella fluyan curas y no enfermedades, soluciones en vez de problemas, y que tratemos de conciliar nuestras diferencias reforzando los valores y buscando el bien común en una sociedad que, en ocasiones, olvida que ya estamos en un nuevo milenio.

El *laberinto* visto como un reto, más que como un problema que tiene solución, es un término que se ha utilizado en muchas culturas como sinónimo de ingenio. Por ejemplo, en la Mitología griega está el famoso *Laberinto de Creta*, construido por el mismo Dédalo siguiendo las órdenes de su rey Minos, en el que estaba encerrado el Minotauro, mitad toro y mitad hombre, y del que escapó Teseo. El amor de Ariadna, la hija de Minos, es el que lo ayuda, dado

que ella le aconseja marcar el camino que ha recorrido con un hilo que, finalmente, luego de vencer al mutante, le guía hacia la salida. (Karabatea, 2002).

En nuestras vidas tenemos muchos laberintos y podemos aceptar, si así lo queremos, el hilo que nos ayude a resolverlo; en muchos casos, puede ser un consejo o una palabra de aliento, pero lo importante es que reconozcamos que son pocos los problemas y retos que podemos resolver solos: la mayoría de las veces es necesario resolverlos en equipo. Un detalle: se debe tener la capacidad de reconocer el hilo, porque muchas veces lo tenemos de frente y no lo reconocemos, en ocasiones debemos cerrar los ojos y solo así podremos verlo, abrir nuestro corazón y solo así podremos sentirlo.

Cada persona alcanza la felicidad de una manera muy particular. Algunos necesitan de casas lujosas, de sirvientes, de viajes a lugares exóticos; otros, simplemente, la encuentran en el olor de la lluvia, en la sonrisa de un bebé o mirando un atardecer. Lo que es más importante es proponerse las metas, sin importar si son materiales o espirituales, y luchar por ellas con la conciencia de que es posible alcanzarlas.

En Psicología es conocido el término "*profecía autocumplidora*". Se dice que, si la autosugestión por algo que realmente deseamos que ocurra es mucha, es más probable que esta ocurra. Este término se conoce también como *efecto Pigmalión*. De nuevo, en la Mitología griega, se cuenta que durante mucho tiempo Pigmalión había buscado, sin éxito, una esposa cuya belleza correspondiera con su idea de la mujer perfecta. Al fin decidió que no se casaría y dedicaría todo su tiempo y el

amor que sentía dentro de sí a la creación de las más hermosas esculturas. Así, realizó la estatua de una joven, a la que llamó *Galatea*, tan perfecta y tan hermosa que se enamoró de ella perdidamente. Soñó que la estatua cobraba vida. Cuando despertó, en lugar de la estatua, se hallaba Afrodita, quien le dijo: "*Mereces la felicidad, una felicidad que tú mismo has plasmado. Aquí tienes a la reina que has buscado. Ámala y defiéndela del mal*". De esa forma Galatea se transformó en una mujer real.

He aquí la gran diferencia entre los animales y los humanos: los primeros tratan de conseguir lo que necesitan por simple instinto. Utilizan los sentidos; por ejemplo: si un ratón tiene hambre, inmediatamente buscará lo necesario para saciarla; con ello no es que sea feliz, simplemente lo hace. La naturaleza humana es más complicada pues, a diferencia de los animales, nos caracteriza el poder de decisión o, al decir de San Agustín y Santo Tomás, el *libre albedrío*; tenemos inteligencia y sentimientos, y eso hace que soñemos, incluso con cuestiones imposibles. En la concepción aristotélica, el ser humano es unidad sustancial de alma y cuerpo, en la que intervienen materia, referida al cuerpo, y la forma, referida al alma, y se identifican diversos tipos de alma de acuerdo con su naturaleza o fin último, a saber: vegetativa, sensitiva y racional. La esencia del ser humano es el alma racional (razón) que está unida sustancialmente al cuerpo, cuyo fin último es el conocimiento y se halla orientada a la felicidad.

Los instintos no nos bastan para buscar y encontrar la felicidad, es necesario el conectar la conciencia y tomar la decisión de querer hacerlo; hay personas que, con hambre, no buscan alimento;

otras, con sed, no buscan el agua; aún más, la sed de poder y el hambre de riqueza en ocasiones son insaciables.

Por eso, hay dos tipos de personas: las que luchan por alcanzar sus sueños y las que no lo hacen. La autosugestión, como la de Pigmalión, es importante para que nos motivemos a lograrlo y que nos convenzamos de que sí es posible; luego de esta etapa, viene su ejecución con base en acciones concretas; así, se materializa una idea, se realiza un sueño o se alcanza una meta.

Cada día, casi sin percatarnos, debemos buscar hilos de oro para salir de diferentes tipos de laberintos, cada uno de ellos con muchos tipos de Minotauros; nuestros principales aliados son la conciencia e inteligencia propias.

Muchas personas hacen suyas las palabras "*La verdad os hará libres*", que escribe San Juan en el capítulo ocho de su Evangelio, en el cual afirmaba que el mundo se beneficia por el plan de salvación que en la persona de Cristo nos revela la Biblia. Extrapolando, de alguna manera nos dimensiona la importancia del conocimiento y la educación como medio para asimilarlo y transmitirlo; esto tiene que ver con los valores intelectuales como la creatividad, racionalidad e inteligencia. Este conocimiento es, sin duda, un insumo para la liberación de los espíritus y los cuerpos, pero, lo más importante: puede liberar las mentes. Poco a poco las personas conocen la verdad, se autosugestionan de que lo lograrán, son optimistas, superan los temores, buscan, encuentran y se liberan; finalmente, reencuentran la felicidad y, cuando superan sus temores, se sienten libres.

Por otro lado, muchas personas parecen un claro ejemplo de lo que decía Galileo al afirmar que *“cuando uno no sabe la verdad por sí mismo, es imposible que los otros se la hagan saber”*. Por más que a ellas les tratan de influir en su hermetismo, no logran comprender la realidad y se quedan esperando lo imposible; al no cambiar de dirección, llegan exactamente a donde quieren llegar y no a donde deben llegar.

Cada persona debe preguntarse qué tipo de persona es y cuánto está dispuesta a luchar para buscar y encontrar la verdad; por lo tanto, su propia felicidad para finalmente ser libre. Por supuesto que no se debe confundir aquí libertad con libertinaje; debemos reconocer que nuestra sociedad tiene límites y reglas que es necesario cumplir, unas escritas y otras no; los valores que nos han inculcado nos ayudarán a no transgredir las que no han sido escritas, que, de paso, son la mayoría.

Lo que cada uno de nosotros hace, como educadores o educandos, hijos o hijas, padres o madres, vecinos, funcionarios públicos, poetas, artistas o científicos, podría parecer poco; pero, si no lo hiciéramos, a este gran océano del conocimiento y de la comunicación le faltaría una gota.

En el estudio, en la familia o en el trabajo cambiamos de dirección constantemente. Con la razón y al lado de lo que nos dicta nuestro corazón, debemos buscar la felicidad propia sin afectar nuestro entorno y a los que conviven en él. Es interesante que el ser humano, a pesar de vivir en cambio constante no busca ese cambio, más bien tiene la costumbre de seguir los caminos trazados por otras personas, en donde el fin del camino no es necesariamente el que

deseamos, sino más bien donde otros querían que llegáramos; se olvida de su propia autodeterminación y cobra fuerza el proverbio chino *“Si no cambias de dirección, llegarás exactamente donde querías llegar”*. Los valores que aprendemos y aprehendemos con fuerza nos propician una visión de mundo distinta, más unificada.

Debemos comprender que somos una generación que desciende, aplica y renueva los conocimientos que generaron los *gigantes*, en todos los campos. Puede ser en las ciencias, las artes, entre muchos otros. Debemos comprender que somos transmisores y generadores de conocimiento y, en la medida en que logremos asimilarlos, estaremos en mayor capacidad de transmitirlos. Sin duda alguna, cuando Newton afirmaba: *“puedo mirar más lejos que otros, porque estoy sentado sobre hombros de gigantes”*, daba fe de que el conocimiento que él generó se hizo posible gracias a que hubo varias generaciones anteriores que se lo permitieron.

En la antigua Grecia los dioses titanes vencieron a los dioses primordiales que los habían engendrado; luego los dioses olímpicos derrotaron a los titanes, sus padres. Cuando Zeus y los suyos quisieron perpetuarse en el poder divino, llegó un titán llamado Prometeo y les regaló el fuego a los hombres. Desde entonces el ser humano desplazó a los olímpicos, y la ley de la vida se cumple por nuestra condición de mortales; la vida misma se abre paso ante la adversidad. Pero recordemos que el cielo (Urano) está siempre allá arriba y que la Tierra nos sostiene; la noche y el día se suceden igual que desde el principio. Esas divinidades son desplazadas por otras que representan un orden o una razón evolutivamente superior;

pero que esencialmente no es distinta: cada generación contiene a las anteriores y debería mejorarlas. Gea es desplazada por Rea y más tarde por Deméter; pero Gea sigue siendo la tierra, Rea es la fertilidad no ordenada que aprovechan los recolectores, y Deméter es la conquista de la agricultura sedentaria. No es cierto que Deucalión (hijo de Prometeo) y Pirra (hija de Pandora) hayan engendrado una nueva y pura generación de humanos lanzando los *“huesos de la tierra”* a sus espaldas, siguiendo los designios del Oráculo de Temis que les dijo que arrojaran los huesos de su madre por encima de su hombro, ellos entendieron e interpretaron que los huesos eran las piedras y la madre era Gea, la tierra.

Ninguna civilización, sociedad o simplemente una generación de hombres puede ufanarse y decir con arrogancia que surgió solita. Es necesario que seamos más respetuosos y agradecidos con las generaciones que nos precedieron, más generosos y vigilantes con las que vendrán. No somos hijos de las piedras, y los hijos se convertirán en padres, completando el ciclo infinito de la vida.

Cada gota de agua tiene en potencia lo necesario para llegar a ser el océano mismo. La esencia misma de lo que somos se ha ido acumulando a lo largo de muchas generaciones y, como ya mencionamos, no somos hijos de las piedras y podemos engendrar un hombre nuevo lleno de esperanza y con optimismo hacia un mejor mañana, capaz de valorarse en todas sus potencialidades. Debemos aprender a no guardar una sola gota de amor para mañana; gástémosla hoy, en este instante, que esa es la clave para ser rico en los valores espirituales: cuanto más



gastemos, paradójicamente, más tendremos.

Pienso en un modelo de persona para ejemplificar estos valores espirituales e, irremediablemente, siempre pienso en las Madres, escrito así, con mayúscula. Será tal vez por el don divino que tienen de engendrar, el don divino de dar amor con el alma en las manos, el don divino de la ubicuidad, en que, como san Martín de Porres, pueden estar en varios lugares al mismo tiempo, partirse en varios pedacitos y entregarse día a día, sin esperar nada a cambio. Paradójicamente de nuevo, cuanto más se dividen, más se multiplican. Será tal vez por ese poder

inconmensurable e infinito de superación, de entrega y, sobre todo, de humildad, estoica si se quiere, por lo que se ha hecho de la mujer un ser casi mitológico, un ser sublime, un ser que, a través de la historia, ha logrado romper todos los prejuicios y, en los albores del nuevo milenio, tomamos conciencia de que fueron los hombres los que pusieron esa barba blanca y una espada en la mano a los dioses. Ellas conocen la verdad.

Las madres pueden jugar con el horizonte en el poniente como si fuese una serpentina y, al mismo tiempo, con la otra mano tomar una estrella del oriente, no para hacerla decorar un prende-

dor, como la gentil princesita de Darío, sino más bien para iluminar y guiar nuestras vidas, al lado de un verso y una pluma, una perla y una flor. Ellas entienden que lo que hacen es una gota en el océano, que puede parecer poco; pero, si no lo hicieran, al océano le faltaría una gota, como lo entendía la Madre Teresa de Calcuta, quien, sin parir uno solo, logró tener millones de hijos.

Este ejemplo que tomé sobre las madres nos habla de valores como la generosidad, humildad, paciencia, sabiduría y amor. Si la madre en un hogar está bien, el hogar marcha con armonía y con ello la sociedad también. Rescatemos a la familia, rescatemos los valores que la unan y obtendremos una sociedad más sana, con identidad de grupo y anhelos comunes.

Los pecados son, en algunos casos, simples trasgresiones a algunas normas morales, violaciones a los límites, escritos o no, propuestos e impuestos por una sociedad. Muchas personas, y en diversas ocasiones, los cometen sin siquiera percatarse. Lo que es permitido o no, depende en gran medida de nuestra cultura, formación en el hogar o la religión que profesamos, entre muchos otros factores que tienen que ver con cuán arraigados tengamos los valores y cuál sea la prioridad de ellos en nuestras vidas.

Hace solamente cien años, el simple hecho de arrojar basura en un río no era tan mal visto por la mayoría; hoy en cambio, sabemos que hasta es castigado por la ley, esa ley que trata de impartir justicia y que se representa por una mujer con una balanza en una mano y con los ojos vendados, insinuando que la justicia es ciega en cuanto que se aplica a todos los ciudadanos por igual. Así, pues, el

umbral en donde un acto humano empieza a ser un error o una falta grave es, a menudo, difícil de ubicar.

Día a día luchamos contra demonios que nos tientan a cometer pecados, unos de pensamiento, otros de palabra, de obra o de omisión; unos son veniales y otros mortales; algunos de ellos son conocidos como los *siete pecados capitales*: soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia y pereza. Todos debemos esforzarnos para lograr acariciar, aunque sea por algunos segundos, las *siete virtudes*: humildad, largueza, castidad, paciencia, templanza, caridad y diligencia que se contraponen, respectivamente, a los pecados capitales. Especialmente la fe, la esperanza y la caridad, que se conocen como las virtudes *teológicas*.

Al hacer esta pequeña digresión sobre los pecados en general, y tratando de relacionarlos con el campo de la educación, pues allí se magnifica la importancia del tema de los valores, nos damos cuenta de que los *pecados de la enseñanza*, que muchas veces cometemos, como el simple hecho de pensar que todo lo sabemos, son en su gran mayoría, de omisión o de pensamiento, y están relacionados con la soberbia, avaricia, ira, envidia y pereza; y para combatirlos es necesario que fomentemos la práctica de la humildad, largueza, paciencia, caridad, diligencia, y ser un verdadero ejemplo para nuestros estudiantes, discípulos o hijos. Si logramos lo anterior, sin duda, seremos reconocidos como maestros, más que simples educadores.

Cometemos pequeños pecados cuando hacemos lo urgente en vez de hacer lo importante, cuando hacemos lo fácil en vez de lo

correcto, cuando nos subestimamos y pensamos que no podemos cambiar el destino de una nación, cuando no amamos hasta desangrarnos, cuando desviamos la vista al ver un mendigo, entre muchos otros; lo importante es tomar conciencia y tratar de no cometerlos más.

Esta es, precisamente, la clave para no caer en el abismo; cuando se habla de educación no se debe *omitir* nada. Al fin y al cabo, los pecados de *pensamiento* son muy personales; sin embargo, lo que no hacemos u omitimos puede marcar el destino de muchas personas. Es imperativo, debemos crear espacios para una formación integral; pero, antes de ello, nosotros debemos estar formados adecuadamente y no debemos improvisar, debemos despertar el interés, ser pacientes, incluir a todos y todas, y promover su participación activa. Es claro que cada persona en la sociedad, de alguna manera, recibe una educación, y esa misma será la que pueda dar; pero aquí no nos referimos a los conocimientos específicos que con el tiempo se vuelven obsoletos, sino más bien a los valores, que nunca han dejado de existir: simplemente, la sociedad los prioriza de distintas maneras; por ejemplo, hoy se vende muy bien la idea del éxito y la riqueza por encima de la solidaridad y la honestidad, se mercadea con el egoísmo, se fomenta la envidia, se promueve la lujuria, se premia la gula; pero, a pesar de esto, hoy, al igual que siempre, los valores están allí, debemos parirlos de nuevo.

Afirmó el psicólogo B.F. Skinner, precursor del conductismo, que *“la educación es lo que queda una vez que lo aprendido se ha olvidado”*. Precisamente por ello debemos transmitir los conocimientos específicos amalgamados con va-

lores que nos formen como humanos, donde seamos seres integrales y, sobre todo, humanistas; repito: sobre todo humanistas. Porque, con el pasar del tiempo, son esos valores, virtudes o principios los que hacen que tomemos las decisiones correctas en el momento y el lugar correctos.

La educación es el motor del ascenso social, económico y, sobre todo, es el único camino para lograr un pueblo culto con ideales más nobles y solidarios, en que se destierre todo tipo de discriminación. Aunque olvidemos gran parte de lo que estudiamos y en su momento aprendimos, se formó nuestro carácter, se establecieron razonamientos lógicos, se incrementó nuestro poder de concentración, se magnificó nuestra capacidad de soñar y de luchar por nuestras metas, de alcanzarlas y de no mirar para atrás. Es probable que no recordemos un poema de Neruda, pero podríamos convertirnos en poetas o poetisas que le escriban al amor y a la vida; es posible que no seamos grandes estadistas, pero una palabra precisa podría cambiar el destino de una persona, y quien salva una vida salva a toda la humanidad; es posible que no recordemos alguna fórmula matemática y, sin embargo, podríamos construir puentes que unan pueblos en vez de murallas que los separen.

Hablando de valores, tengo la esperanza de que los podemos rescatar y magnificar, no están perdidos; simplemente la sociedad los ha degradado y le ha dado más importancia al antivalor, que es como un canto de sirena, nos embruja y compele a seguirlo, nos nubla la sensatez ante su influjo y, muchas veces, los humanos no somos capaces de resistirnos. Como Odiseo, debemos amarrar la voluntad a un mástil de cordura y no

permitir que la vana sed de éxito o aplausos nos lleven directamente contra los peñascos, esencia de la perdición. Debemos despreciar los espejos que brillan como si fuesen oro; aunque sea difícil, no es imposible.

Es necesario reordenar los valores en donde la prioridad sean los espirituales y morales sobre los materiales, y con ello recordar que somos capaces de amar, crear, formar, construir y, sobre todo de soñar sin mezquindad. Debemos esperar menos, temer menos y amar más en un mundo que sobrevive sin amor.

Cada persona debe luchar por buscar su felicidad a cualquier precio y que, en el ocaso de nuestra vida en este mundo, no hagamos nuestras las palabras del insignificante y prolífico escritor argentino Jorge Luis Borges cuando afirmó: *“He cometido el peor pecado que uno puede cometer. No he sido feliz”*. Más bien, las palabras que escriban en nuestro epitafio sean las mismas del escritor griego Nikos Kazantzakis, excomulgado de la Iglesia Ortodoxa por algunos de sus pecaminosos escritos, en cuya lápida se lee solamente: *“No espero nada, no le temo a nada, soy libre”*, vigilado por Zeus desde el Monte Ida y acompañado por una solitaria y rústica cruz de madera, sin nombres ni fechas pues todos saben quién yace en esa tumba y lo sabrán las futuras generaciones; ellos entienden como pueblo y nación que no son hijos de las piedras.

Estamos a tiempo, sembremos una ilusión en las generaciones que vendrán; la nuestra es joven y puede parir un hombre nuevo. Démosles las alas que necesitan para soñar en un futuro cargado de optimismo. Las ilusiones, el amor y la esperanza son las únicas

alas que podrán sostener el alma de este nuevo hombre.

La educación no puede ser neutral después de pasar el siglo de las guerras mundiales, de la caída del Muro, del comunismo y de las Torres Gemelas. La educación no puede ser sorda cuando se habla de sexualidad en el almuerzo, en el autobús o en la escuela. La educación no puede ser ingenua cuando se venden los títulos al mejor postor. La educación no puede ser cómplice cuando se ha creado conciencia en los derechos humanos, en el derecho a la vida, en los derechos de la mujer, del niño y de la niña, de los animales, entre muchos otros, especialmente en el derecho a tener derechos. La educación no puede ser ciega ante la amenaza real de extinción de la raza humana por el fenómeno del calentamiento global. En síntesis, la educación no puede ser la misma, tradicional, inmutable, contaminante, sorda, ciega, acrítica y aislada de la realidad.

Allí descansa, precisamente, la importancia de educar con los valores como estandarte. Solo si logramos priorizar los valores espirituales y morales sobre los materiales, podremos escuchar los sonidos sin decibeles, ver con claridad las formas en la oscuridad, palpar lo intangible y, sobre todo, utilizar nuestros sentidos para percibir lo realmente importante en nuestras vidas, idealizar a nuestra propia Galatea, en el campo que sea, y luchar por que se haga una realidad.

*“Hoy es día de arar,
con arados de fuego,*

*las eras del amor y
el entusiasmo”*

Jorge Debravo (2006: 22)

BIBLIOGRAFÍA

- Debravo, J. 2006. *Nosotros los hombres*. Quinta edición. San José. Costa Rica: Editorial Costa Rica.
- Karabatea, M. 2002. *La Mitología griega*. Grecia: Editorial ADAM.
- La Biblia*. Disponible en <http://www.vatican.va/archive>

